

Entrevista a Florence Delay

“Mi libro puede ser una larga justificación ante mi padre”

ÁLVARO DE LA RICA

De todos los caminos que, desde el estuario del Bidasoa, remontan hacia el norte, prefiero la carretera de la *corniche basque*: uno se aleja mirando las viejas torres de Fuenterrabía con un mar inmenso a la vista. Desde la punta de Santa Ana hasta mi destino en las afueras de Biarritz hay apenas treinta kilómetros. Allí me espera Florence Delay, académica y catedrática de literatura comparada en la Sorbona, autora de *Llamado Nerval*, obra maestra del ensayo contemporáneo. Sentados en la cafetería de un campo de golf, frente a un vaso de vino, nos disponemos a hablar de su libro.

‘Llamado Nerval’ es un libro sorprendente. Le habrá costado mucho escribirlo. No se lo puede imaginar. De hecho no he corregido la traducción española. No me sentía capaz de volver sobre aquello.

Y eso, ¿por qué?

El libro surgió de una confluencia: cuando murió mi padre, hace pocos años, tuve que desmontar la casa familiar. Por otro lado estaba leyendo entonces, al hilo de un seminario sobre la copia y el modelo en literatura, la obra de Nerval. Mi padre fue un psiquiatra ilustre y me pasé días ordenando sus papeles, bloqueada y sumida en la lectura del poeta.

¿Entonces?

Entonces Jean de Pontalis, que dirige la colección *El uno y el otro*, me sugirió salir de ese *impasse* doloroso escribiendo sobre todo ello.

¿Dónde estaba la dificultad?

En leer a Nerval superando la masa de lecturas previas, incluido por cierto la que hizo mi padre desde el psicoanálisis. Y sobre todo en tratar de revelar en la escritura algo de mí misma, o de mi vida para ser más precisa.

Se refiere a esto último en el libro cuando habla de un “presente dorado, que tan tarde recibí” en el que comprendió por fin la frase evangélica “los últimos serán los primeros”.

Así es en parte, pero prefiero no hablar directamente de ello.

Se trata de su infancia. “Entonces te bañaban en el agua de hojas verdes...”

Me alegro de que cite ese verso. Recuerdo otro del poema de Saint-John Perse: “Si no la infancia, ¿qué había entonces allí que no hay ahora”. Sí, se trata de mi infancia. Y del momento presente. Y de lo que une este tiempo con aquel.

El tema de Proust.

Y de san Agustín, mucho antes.

Creía que no quería hablar de esos reinos y confines de luces. Vayamos por otro lado. Su trabajo en este texto recuerda a escritores como Magris o Sebald, pero también a Handke: el libro se contiene en un género propio y único, es una relectura de su vida y de la propia geografía a través de la experiencia literaria de otro.

Sí, pero a mí la idea me viene de Jacques Roubaud: para este poeta inmenso el recuerdo infantil sólo puede ser evocado y a la vez referido a experiencias poéticas anteriores y más antiguas.

Una forma sutil de huir de la referencia circular a uno mismo.

Sí, una forma de huir de lo individual y de refugiarse en la lengua en la que vive la poesía.

Recuerdo una frase de Albert Béguin en la que advertía que “el camino que lleva al verdadero conocimiento del yo también puede conducir a la pérdida de la individualidad, a su irremediable disolución”. Pero todo este discurso contra el yo me suena a surrealismo.

En este punto vanguardia y tradición se dan la mano. Retratarse es tanto como dibujar los barrotes de la propia jaula.

Usted cuenta entre líneas tantas cosas de su vida, de su padre por ejemplo, de su amor por él y de su profundo desencuentro con él. Sugiere que el libro podría pertenecer al género kafkiano de las cartas al padre.

Me temo que el género –si es que se puede hablar aquí de género– es anterior a Kafka, pero sí. Puede ser una larga justificación ante mi padre. Algo que me horroriza hacer pero que quizás no he dejado de hacer nunca.

Como Nerval...

...Y como antes mi padre ante el suyo.

Es la cadena terrible de padres e hijos de la que tanto se habla en la tradición judía.

Quizás. Quién sabe. No quiero hablar de eso tampoco.

Pues demos otra vuelta. El libro no es un puro ejercicio de crítica. No es autobiografía, ni biografía tampoco. Ni un retrato propio, ni una vida de Nerval. Ni siquiera una vida imaginaria. Para eso están ya los trazos certeros del soneto ‘El desdichado’, uno de los más bellos de la literatura francesa. Tampoco es un monólogo. Lo único que se puede decir es que el libro está escrito desde una actitud moral determinada.

¿Cuál? Dígamelo usted. Yo lo desconozco.

Para mí es como una aventura, en el sentido medieval y artúrico de la palabra.

¿Un acto de libertad y de coraje? De búsqueda de un hilo, de *quête*. Del paso de un medio cerrado a uno abierto. Eso me halaga. Gracias otra vez.

Un alegato contra todas las formas modernas de perderse y desintegrarse, incluido cómo no la peor de todas, el deseo obsesivo de estar bien. Me parece que ha removido aquello que no se debería remover nunca en una cultura autocomplaciente.

No lo sabía pero quizás tenga algo de razón. No hay que confundir el deseo de curarse y el deseo de salvación. Habría que pensar todo esto un poco más despacio, ¿no cree? |



Florence Delay

Nació en París en 1941. Novelista, actriz y miembro de la Academia Francesa, es hija del escritor y psiquiatra Jean Delay, a quien dedicó su libro ‘Llamado Nerval’, publicado originalmente en 1999

Latidos

SERGIO VILA-SANJUÁN

Castaneda existe, Korda lo trató

Sí, el autor de ‘Las enseñanzas de don Juan’ es un ser de carne y hueso, a pesar de todas las leyendas que su talante evasivo y su familiaridad con el mundo de los hechizos han generado a lo largo de los años. Hasta el extremo de que, como ocurrió con el famoso supuesto lama Lobsang Rampa, más de un analista ha llegado a poner en duda su existencia real y a considerarlo una simple fantasmagoría editorial, producto de la imaginación de un escritor a sueldo. Para disipar tales teorías, Michael Korda, durante treinta años director literario de Simon & Schuster, cuenta cómo lo ‘descubrió’: visitando de oficio

algunas librerías californianas, se encontró con un éxito sorpresa, una tesis doctoral sobre un chamán mexicano publicada por una editorial universitaria que los estudiantes devoraban. Localizó rápidamente al autor en la facultad donde enseñaba y encontró a “un hombre robusto, de pecho amplio y piel morena, ojos oscuros, cabello rizado, corto, y una sonrisa amable que revelaba una dentadura perfecta”. Aunque su espíritu era rabelésiano, su lenguaje irreverente y su humor mordaz, “transmitía un poderoso sentimiento de poder supraterráneo”. Y por ello en ningún momento el editor dudó “de la veracidad de sus historias”



El editor y escritor Michael Korda

DEBATE

La revolución de Jacqueline Susann

Korda contrató la obra de Castaneda convirtiéndola en un rápido best seller que dejó atónitos a todos los directivos de la editorial, y seguiría trabajando con él a lo largo de los años, según relata en su libro ‘Editar la vida’, que ha publicado Debate en versión algo aligerada respecto al original ‘Another life: a memory of other people’. El tono espiritualista de ‘Las enseñanzas de don Juan’ contrasta con el mucho más matérico de otras apuestas de Korda en los 70, como la hoy olvidada Jacqueline Susann, autora de ‘El valle de las muñecas’ y ‘La máquina del amor’, quien

revolucionó el marketing editorial con técnicas hollywoodenses que incluían grandes fiestas con pasteles que reproducían la cubierta del libro, agasajo directo a los librerías –muchos se emborracharon con el cóctel que llevaba el nombre de una de sus obras, convirtiendo el guateque en un delirio– y una vigorosa penetración en las columnas de chismorreo de los diarios. Korda reconoce melancólicamente que aquellas técnicas, entonces insólitas, han acabado por imponerse en la industria del libro y la que antaño fuera llamada ‘una profesión de caballeros’

Lo más divertido que puedes hacer vestido

‘Editar la vida’, magníficamente escrita –algunos de sus capítulos aparecieron previamente en ‘The New Yorker’–, es una amena memoria poblada de tipos extravagantes, diálogos surrealistas y episodios jocosos. Cuenta, también, con no pocas frases apodípticas sobre el oficio que centra sus páginas. Por ejemplo (aunque atribuida a Bennet Cerf): “Publicar libros es lo más divertido que puedes hacer con la ropa puesta”. O también: “La relación entre el placer personal y el medio editorial hace que este negocio sea tan diferente del resto. En ningún otro medio de comunicación puede uno apostar por algo que le gusta corriendo un riesgo tan pequeño.

(...) En ningún lugar la línea entre autocomplacencia y el comercio es tan delgada como el medio editorial. La diversión genera dinero”. De origen centroeuropeo, perteneciente a una ilustre saga cinematográfica, Korda ha pasado toda su vida profesional entre Scila y Caribdis: trabajando con Harold Robbins por la mañana y con Graham Greene y Tennessee Williams por la tarde, tan dispuesto a trabajar con buenos libros como con “buenos libros malos”. Lo que le importaba, afirma, “es que estuvieran escritos con sinceridad y pasión genuina: si lo estaba, entonces no importaba su calidad puramente literaria, siempre y cuando (la obra) fuera honesta”